

La última Baronesa

L yda se despertó de pronto, con una sensación extraña. Como si algo hubiera ocurrido aquella noche, y ella no hubiera podido evitarlo. Incluso tenía un dolor de cabeza exagerado. Los primero que hizo fue prepararse una infusión de hierbagris, para aliviar la molestia, y después salió a tomarla al jardín.

Allí, se sentó en el césped, y observó a Assissa, su gata, husmeando entre un arbusto. Parecía perseguir algo, como una rata u otro animalillo. Lyda sonrió, pensando en la gata, era tan hermosa... Entonces, de entre la maleza, sonó una voz que le costó reconocer.

- Lyda, ¡socórreme de este felino inmundo!- Entonces cayó, era Sebah.- ¡Quiere devorarme!

Lyda se puso en pie rápido, dejando allí la taza, y corrió hacia la gata. De un manotazo la espantó, y esta huyó recelando. Quedó en otra esquina, mirándola con aquellos ojos azules impresionantes, y lamiéndose una pata con estilo. Lyda rebuscó entre los arbustos, y allí estaba Sebah. El duende estaba al otro lado de los barrotes de la verja, muerto de miedo.

- Tú no puedes morir, Sebah...

- Sí puedo. ¡Lo verás si me devora ese gato!

- No es un gato...- Dijo ella resignada.- Sólo quiere jugar contigo. Pero dime, no puedes morir, ¿o sí?

- Todo duende de epoxy es mortal, y yo soy un duende de epoxy. Así que dadas las premisas, soy mortal, joven bruja.

- No sé si lo entiendo. ¿Y tu papel?

- Mi papel en esta vida se quedará sin hacer y yo no volveré a este mundo.

- Pero, Sebah, me dijiste que si no cumplías tu misión, te convertirías en un muñeco...

- ¿Si me mata tu gato odioso podré llevar a cabo mi cometido? ¡Terminaré rasgando mi cuerpo, como el de un trapo viejo! ¡No dejes que ocurra!

Lyda se echó a reír.- No te preocupes, pequeño, no ocurrirá tal cosa. ¿Verdad, Assissa...?- Dijo mirando a la gata, que ya había desaparecido.- Créeme, no quiere comerte. Assissa no es una gata. Es una chica que fue convertida en gata.- Y volvió a reírse.- Assissa era una bruja, la Bruja Bella, la llamaban. Era tan hermosa que cautivaba a los hombres que la miraban. Alguna doncella debió caer incluso... Era tan hermosa, que hasta un duende como tú se hubiera rendido a sus pies.

- Ni lo sueñes.- Le interrumpió.

- Créeme. Era preciosa.

- ¿Qué le ocurrió? ¿Fuiste tú?

- No... Fue mi madre. Le tenía tanta envidia que la maldijo, convirtiéndola en una gata para siempre.- Lyda negó. Aquello le pareció excesivo, hasta para alguien como su madre.

- Eso no evitará que me devore.- Concluyó Sebah.

- No, tienes razón. Puede ser muy persuasiva cuando persigue a una presa. Pero yo cuidaré de ti. No te comerá mientras estés conmigo. ¿Te hice una promesa, no?

Sebah afirmó.- Cuídame. Ayúdame a cumplir mi papel.

- ¿Es tu único fin en la vida?

Sebah pensó su respuesta. Era tan obvia que necesitaba dar un rodeo para hacérselo entender de una vez por todas.- Los duendes de epoxy nacemos con un fin, y vivimos para ese fin. Sólo así podremos completar el ciclo. Volver a morir y renacer con otro fin. Yo no recuerdo mis vidas anteriores, pero poco importan. Lo seguro es que cumplí mi papel tantas veces como me las encomendaron. Y por ellos, debo cumplir el mío ahora.- Respiró.

- Ya entiendo... Ven, vamos dentro. ¿Quieres una infusión de hierbagris?- le ofreció al duende.

- Puagh... Ni loco.

Entraron y se sentaron en la cama. La noche anterior habían dormido ahí los dos, después de hablar durante horas. Lyda había quedado perpleja con todo ello. Eran unas criaturas de las que no había oído hablar nunca. Ahora entendió muchas cosas. Los duendes de epoxy eran fascinantes. Cada uno tenía un papel más peculiar que otro, provocar sueños, bostezos y hasta batallas. Ayudar en partos, curar a los enfermos, provocar eclipses... Alguno sólo tenía que provocar el hipo. Lyda se había planteado si no habría uno de ellos viviendo debajo de su casa... Al parecer, además, cuando estaban cerca, ocurrían cosas extrañas: se escuchaban pasos, risas o susurros, desaparecían cosas o cambiaban de sitio... Eran unas criaturas fascinantes.

- Sebah, ¿cómo hacen su magia los duendes de epoxy?- Le preguntó.

- Los duendes no hacen magia... Sólo logran cosas. Se provocan cosas con la sola presencia de uno. Pero ello no ocurre sólo con los duendes, ¿sabes? Si tú ahora acudes a una reunión a la que no pensabas ir, incluso sin dar una opinión polémica, cambiarías los hechos a cómo sucederían si no hubieras acudido...

Lyda quedó pensando. Tenía toda la razón. Pero los duendes de epoxy hacían cosas diferentes. Provocaban cosas...- ¿Y crees que puede haber un duende como tú viviendo debajo de mi casa Sebah?

- ¿Qué te hace pensar tal cosa?

- A menudo escucho ruidos, o pierdo cosas... Y mi hipo, no dejo de pensar en aquél duende que me contaste...

- No. Lyda, dudo que alguno haya habitando tu suelo. Es cierto que muchos de nosotros viven bajo tierra. Hay una complicada red de túneles que te sorprendería. Pero dudo que sea el caso. No te ofendas.- Terminó encogiéndose de hombros.

Lyda quedó pensativa un rato. Entonces se le ocurrió una idea.

- ¿Te gusta volar, Sebah?

- ¿Cómo? Odio volar... No puedo saberlo, es cierto, pues nunca he volado. Pero soy un duende de epoxy, y los duendes de epoxy no vuelan. Odio volar.- Terminó.

- ¿Te gustaría probarlo?- Sonrió ella.- He pensado que podríamos ir a ver a alguien que tal vez nos ayude. Tal vez ella sepa qué hacer contigo, para que logres tu papel en la vida...

- ¿Tan lejos se encuentra que hemos de ir volando?- Lyda sonrió, asintiendo.- ¿Y cómo volaremos? Si puede saberse.

- Ven conmigo.- Lyda bebió de un trago lo que le quedaba de infusión, y se dirigió al jardín otra vez. Sebah la siguió, y allí ella la tomó en brazos. Entonces Sebah se estremeció al ver aquello... Su cuerpo comenzó a cambiar. Su diminuta figura se estremeció, como nunca antes lo había hecho, y de su espalda le surgieron dos protuberancias, que crecieron y crecieron hasta volverse dos alas enormes. Sus brazos, por el contrario, se encogieron, produciéndole gran dolor, hasta desaparecer por completo. Y cuando se miró horrorizado en las pupilas de Lyda, llegó a ver cómo su rostro cambiaba... Una barbilla que jamás había estado ahí comenzó a crecer y crecer, hasta convertirse en el pico de un ave, y su cabeza se fue adaptando a la forma que le permitiría surcar los cielos... Ahora Sebah era una paloma en las manos de Lyda. Ella, entonces, la lanzó al aire, y ésta comenzó a revolotear alrededor.

Ambos se elevaron en vuelo, y a medida que ganaban altura, Sebah iba disminuyendo su agudo graznido... Fue comprendiendo que volar no era tan complicado, hasta le gustaba. Los duendes de epoxy no volaban, porque no venían al mundo preparados para ello, sino para otras grandes cosas, en cambio, las aves nacían con aquella habilidad, y así volar era de lo más sencillo. Todo venía determinado al nacer, unos volaban, otros controlaban la *Magia Mutable*, y otros invocaban demonios... Así era vivir.

El manto de laurisilva que quedó por debajo suyo era tan hermoso... El volcán se elevaba hacia el noreste, como una amenaza colosal que jamás desaparecía. Al verlo desde aquella perspectiva, se dio cuenta de lo grande que era, pensó que debía ser el monte más grande del mundo. El manto de laurisilva se perdía por abajo entre el mar de nubes, que hoy flotaban bajas, y

por arriba en la escarpada y árida desolación de la falda de volcán, que se elevaba y elevaba hasta acabar en una gran boca humeante. Era impresionante.

Estuvieron volando un rato, en el que Lyda no se alejó de Sebah más de unos pies, y por fin ella comenzó a descender. Al parecer había visto algo. Allá abajo, no lejos de donde estaban, una columna de humo negro ascendía bailando con la brisa. Algo parecía haber ardido. Al acercarse, vieron lo que una vez debió ser una gran mansión, ahora reducida a cenizas. Sebah vio entonces que Lyda aceleraba el vuelo. Aterrizaron cerca, y nada más tocar con las patas el suelo, Sebah se sintió a sí mismo mutando. Sus alas se volvieron sus brazos, su pico menguó y su cuerpo agrandó hasta su tamaño original. Volvía a ser un duende de epoxi. Lyda había salido corriendo hacia el lugar destruido, y él la siguió. Ella al llegar se puso a rebuscar entre los muros caídos, entre las rocas desprendidas de lo que antes fue una gran mansión. No podía respirar bien por la humareda, por lo que se tapaba nariz y boca con una manga del camisón. Encontró varios cadáveres que no pareció reconocer, y que ignoró, sin cesar en su empeño. Parecía realmente alterada, como si le fuese la vida en ello, o la suya, o la de alguien conocido bajo los escombros. Entonces Lyda dio con quien buscaba...

Entre lo que ya era un edificio derruido, habían alcanzado lo que debió ser una biblioteca, reconocible sólo por el mayor estrago de las llamas. Cuánta sabiduría se habría perdido en aquel incendio... Entre tablones chamuscados y cenizas, Lyda sujetó un cadáver irreconocible. Era de una persona grande, más bien gruesa, de pelo rubio chamuscado y unos ojos amarillentos y penetrantes, que horrorizados no se habían cerrado en el momento de su muerte. Lyda se puso a llorar y Sebah no supo qué hacer, cuando ésta abrazó el cuerpo ennegrecido de su madre...

- Ella tenía razón.- Se lamentó Lyda.- Alguien está matando a las brujas...

- ¿Quién es?

- Es la Señora de la *Magia Mutable*, la Baronesa de Lis. Es mi madre...

Sebah se acercó hasta ella, la miró durante unos instantes a los ojos amarillentos, hasta que se los cerró con las yemas de los dedos.- Lo siento mucho Lyda.

- Lo peor es que ella lo sabía. Alguien está asesinando a las brujas, y ella lo sabía.- Lyda escupió aquellas palabras con ansia. Derramó unas lágrimas más, y miró a Sebah con los ojos hinchados.- También darán conmigo.

- ¿Quiénes son?

- No lo sé, Sebah... No lo sé.

- Me buscan a mí, Lyda. ¿No lo ves? Conmigo podrían hacer terribles cosas.

- No lo conseguirán. Nos esconderemos. Pocos saben donde vivo, si dan con mi hogar es que realmente saben lo que hacen. No dejaré que te encuentren.

- Vienen a por mí...- Repitió el duende de poxi.- Marchémonos, Lyda. Quien hiciera esto puede regresar y dar con nosotros.

Lyda se levantó, dejando el cuerpo donde estaba, y cerrando los ojos, sin dejar de llorar, levantó una mano, y se concentró. El cadáver de su madre, entonces, comenzó a arder. Llamas de colores rojizos envolvieron su cuerpo, y ambos debieron retroceder por su enorme tamaño.

Entonces, sin dudar, Lyda y Sebah se marcharon como habían llegado.

La última Baronesa
Lyda de Lis. Historia de una estatua de piedra
Memorias Olvidadas
Darka Treake
www.modt.net